

P R O L O G O A L L I B R O

ABC DE LA SOCIALDEMOCRACIA

DE ENRIQUE OBREGÓN VALVERDE

En 1942, con apenas 18 años de edad, un muchacho soñador e inquieto, imbuido en tempranas lecturas de Jean Jacques Rousseau y Miguel de Cervantes, decidió adentrarse en las montañas de Canaán de Rivas, por San Isidro del General. Voltear montaña, picar leña o manejar un trapiche no parecía una opción muy racional para un joven que, en la Costa Rica descalza que antecedió a la fundación de la Segunda República, ya había tenido la inusual oportunidad de concluir el bachillerato, lo cual le permitiría, en algún momento, continuar su educación superior. Aun así Enrique Obregón Valverde decidió aventurarse en este reencuentro casi místico con la tierra, quizás esperando encontrar en sí mismo al “hombre bueno” del que hablara el filósofo ginebrino, o a vivir la experiencia de Henry Thoreau en Walden Pond, y dedicarse a la filosofía.

Ese mismo joven idealista es el que ahora, a sus ochenta años y después de una intensa vida política e intelectual, nos presenta esta nueva obra de genuina pedagogía ideológica titulada “ABC de la socialdemocracia”, la cual, como el autor indica, es un extracto dosificado del pensamiento socialdemócrata.

Se trata de un conjunto de reflexiones de un hombre que a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, conjugó con inusual precisión la reflexión aguda y crítica, con la acción política, acercándose al ideal platónico del filósofo-rey. Mucho más significativo y digno de mención, es el hecho de que esa mezcla de teoría y praxis, estuvo acompañada siempre y en todas las circunstancias de su vida, con la coherencia e integridad que forja los espíritus fuertes.

Tras cada pensamiento, cada actuación, cada decisión siempre respondió un espíritu noble y generoso, pero también rebelde frente a las injusticias y los vicios de la politiquería.

Es el mismo espíritu rebelde que movió a Enrique Obregón a dejar su partido político después de denunciar una y otra vez las trasgresiones ideológicas y fundar junto a dirigentes de izquierda como Marcial Aguiluz, otra trinchera de lucha, el Partido Acción Democrática Popular, del cual sería candidato presidencial. En aquel tiempo, marcado por el impacto de la Revolución Cubana y el fanatismo macartista, ese fue un gesto incomprendido por muchos, las voces de nuestra anacrónica oligarquía se alzaron sentenciándolo con el sambenito de comunista. Pero la historia política del siglo XX ha sabido rescatar ese hecho como la firme decisión de un hombre que siempre estuvo dispuesto a seguir su conciencia y su propia interpretación de los ideales que compartía con José Figueres, Daniel Oduber, Luís Alberto Monge y Alfonso Carro.

La edad y los años, esos lastres que terminan muchas veces atemperando los caracteres más impetuosos atrayéndolos hacia un pragmatismo que a menudo resulta imposible de distinguir de la claudicación, no han hecho mella en Enrique Obregón. Él sigue siendo el mismo hombre de posiciones contundentes. Con igual determinación al afirmar que no hay una auténtica democracia sin socialismo ni socialismo sin democracia, el autor nos recuerda que tampoco hay democracia sin discrepancias ni discusión, que los llamados “consensos” en nuestra cultura política son casi siempre la imposición del criterio del poder económico.

La verdadera democracia no es una meta final, un estadio definitivo, es más bien un proceso que no se agota en lo representativo, y que es susceptible siempre a perfeccionarse, de ser una cultura, una forma de vida, y en este sentido esta forma de entender la democracia, es aplicable a otros aspectos de la socialdemocracia, pues el socialismo –tal y como lo concebía Kart Kautsky-, es una forma de organización democrática de la sociedad. Democracia y socialismo son dos caras de la misma moneda.

Los comunistas pretendieron decretar la igualdad y no lo lograron. Los socialdemócratas la han visto como una meta, como un objetivo. Los nuevos tiempos nos exigen nuevas precisiones. En realidad, la igualdad es un camino, no un destino; un

requisito para el arranque, no solamente un objetivo. La igualdad y la democracia más puras no vendrán como resultado de los decretos, sino del propio recorrido de los demócratas. Y así, pues, empezamos a entender, conforme a las ideas de un nuevo paradigma científico, que serán socialistas los países habitados por pueblos solidarios, capaces de vivir en una cultura de igualdad, no necesariamente los que tengan leyes socialistas.

Enrique Obregón ha sido posiblemente quien más ha profundizado en la configuración teórica de la socialdemocracia costarricense, un tema al que ha dedicado varios libros e innumerables artículos periodísticos, ensayos y conferencias. Con la misma dedicación que le movió a convertirse a maestro rural hace más de sesenta años, Obregón ha proseguido su labor formadora de los socialdemócratas de Costa Rica. Esta obra se inscribe en la misma tradición de los grandes pensadores sociales del siglo XX, Jorge Volio, Rodrigo Facio, José Figueres y Daniel Oduber, forjadores de los inquietos miembros del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales que hablaban de un “socialismo democrático costarricense”, y que sin duda fue la brújula ideológica orientadora de los destinos de nuestro país durante casi cuarenta años.

Abordar el tema de la socialdemocracia en las actuales circunstancias no es una tarea fácil. Las condiciones no son las mismas que las que tuvieron que afrontar los socialdemócratas costarricenses a partir de 1948. La Revolución marcó el hito histórico que singularizó a Costa Rica como un oasis de paz y democracia en Latinoamérica y logró colocar al país entre el grupo de naciones de mayor desarrollo humano en el mundo. La abolición del Ejército, el desarrollo con equidad social, la transformación educativa y el extraordinario programa para preservar la riqueza biológica han dado a Costa Rica nombre y prestigio internacional. No obstante, al cabo de los años, la socialdemocracia en Costa Rica y en el mundo entra en una crisis de identidad sin precedentes, acentuada a partir del final de la guerra y la posterior irrupción del pensamiento único, el neoliberalismo que guía la aventura del capitalismo global. Y ahora, las banderas socialdemócratas flotan en Costa Rica sin las astas de antaño. Quienes llegaron a ocupar posiciones de liderazgo en los últimos tiempos se rindieron ante la idea de poner economía por delante de la política, el mercado antes que la democracia y las ganancias como valor supremo, por encima del bienestar del mayor número.

Sin duda los ideales socialdemócratas viven en el corazón de los pueblos, pero el Partido que dio brillo a sus luchas se ha convertido en un campo de batalla de aspirantes a puestos de elección popular, en un ambiente cargado de oportunismo, donde no queda aliento para retomar su posición en el liderazgo ideológico.

Todo esto constituye un desafío por replantear qué socialismo queremos en este nuevo siglo, qué tan factible puede resultar y cuales serán los instrumentos necesarios que instrumentos Ya no caben los encuadramientos mecanicistas, las certezas absolutas, ni las aproximaciones dogmáticas. Hoy *-como lo reconoce el autor-* son los pueblos los que rebasan el estado de conciencia de los partidos políticos, y las grandes luchas y transformaciones sociales de este nuevo siglo requieren un nuevo esquema mental y de valores.

Desde sus orígenes, la socialdemocracia ha sido revisión y reforma. Aquí yacen sin duda su principal seña de identidad y su principal fortaleza: replantear constantemente la propuesta. En estos tiempos hablar de socialdemocracia implica aproximación hacia los valores de una manera creativa. No hay mañana sin ayer, la experiencia histórica del socialismo democrático en el siglo XX no puede ser desechada, pero no se puede buscar el socialismo del futuro en el pasado del liberalismo económico. Tal y como lo dijera Jean-Jaurès, “ser fiel a la tradición es ser fiel a la llama no a la ceniza”, los valores no son para rescatar un pasado, sino para conquistar un futuro, según Enrique Obregón. Esa llama del socialismo democrático es la que hoy sigue ardiendo gracias a su superioridad ética frente a las corrientes que sustentan el individualismo egoísta.

La socialdemocracia se construye diariamente. La brújula se orienta por valores, pero no hay caminos fijos ni recetas universales. En realidad, de lo que se trata siempre es de elevar la categoría del ser humano, pues el mejoramiento vendrá de la mayor elevación espiritual y mental de los pueblos, no a partir de decretos. Ahí está el nuevo campo de batalla. Las puertas del cambio solo se abren por dentro. Y la nueva socialdemocracia deberá centrarse en mejorar al ser humano, pues como decía Fromm “solo podrá crearse una nueva sociedad si ocurre un cambio profundo en el corazón humano”. Y así es, el caminante cuenta más que el camino.

Aquellos pueblos que en el siglo XX se acercaron más al ideal de igualdad y solidaridad del socialismo, no fueron aquellos donde los logros llegaron impuestos de arriba hacia abajo, gracias a la acción providencial de un grupo de “iluminados” o alguna camarilla revolucionaria, sino porque había asimilado que la convivencia plena entre los seres humanos implica el reconocimiento de la alteridad, el que *yo* no puedo ser completamente feliz si mi prójimo no lo es. Este es para pensadores como Adam Schaff, la base fundamental del socialismo que comparte con el humanismo: el amor al prójimo.

Frente a la injusticia y la desigualdad crecientes en el mundo, los socialistas tienen todavía una enorme tarea que llevar a cabo. Ese escenario de exclusión social, depredación del medio ambiente y erosión de los sistemas democráticos justifica plenamente la existencia de un poderoso movimiento socialdemócrata en el mundo y en Costa Rica, capaz de dar respuestas a los viejos problemas, pero sobre todo, a los nuevos desafíos que establece la globalización.

Esas respuestas a nuestros problemas regionales no nos van a venir de Europa. Los latinoamericanos no podemos seguir buscando soluciones en realidades ajenas a las nuestras. No podemos ahorrarnos el trabajo de concebir ideas y planes más originales, inevitablemente ligados a las particularidades de esta parte del mundo. El socialismo latinoamericano no puede ser “calco ni copia, sino creación heroica”, tal y como dijera José Carlos Mariátegui. La liberación de los pueblos de Indoamérica solo vendrá como efecto de nuestra propia cosmovisión, como lo entendía Haya de la Torre, el otro gran pensador peruano. Y en una hora como esta, después de comprender la revolución científica del siglo XX, con la cual se comprobó que la equivalencia entre materia y energía, la dualidad entre ondas y partículas, la teoría de la relatividad y la importancia del pensamiento sistémico, sin ceder nada en el campo de los valores, es necesario vaciar las mentes de recetas viejas y teorías y empezar a construir de nuevo. “Ningún problema puede ser resuelto desde la misma conciencia que lo creó” decía Einstein. Y este es otro momento bueno para emprender de nuevo la marcha.

En este libro de Enrique Obregón es una invitación a la esperanza. A pesar de la descomposición social y de la hegemonía ideológica que tiene todavía el pensamiento único, los valores de la socialdemocracia perviven todavía en los genes del

costarricense. Vivimos un momento histórico particularmente interesante que exige nuevos caminos e instrumentos distintos a los del pasado.

Alguna vez Felipe González dijo: “viajo muy ligero de equipaje cuando se trata de ideología, me bastan los principios de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad”. Ciertamente nuestra carga puede ser liviana, pero sólidos son nuestros valores y la convicción de que es un imperativo ético y político de los socialdemócratas luchar por un mundo mejor. Quien se acerque a las páginas de este libro sin duda lo comprobará.

Rolando Araya Monge
Presidente para América Latina y el Caribe de la Internacional Socialista
Agosto de 2004